

como uno de los mejores fotógrafos de Colombia, siempre ha sido motivo de admiración la versatilidad con que se enfrenta a un repertorio temático múltiple, desconcertantemente variado: el autor de hondos retratos de mujeres hermosas y de niños atónitos, de paisajes y de bodegones (cuesta trabajo desprenderse de estas engañosas analogías con la pintura), de joyas y del detalle o del conjunto de una arquitectura". Y esta versatilidad, que le permite hallar las imágenes que tomará su cámara como si fuera un trabajo poético, transformará la visión: "lo que Hernán Díaz consigue no es recuperar el recuerdo sino inventarlo, dar forma y presencia a seres y lugares que habíamos percibido borrosa o imperfectamente, o al menos, sin el rigor de su mirada de artista".

Una visión personal; una visión en los dos sentidos de la palabra: imagen percibida por el ojo y, también, alucinación, sueño. Una ciudad personal, que se recorre con el rigor y la finura de un poeta. Díaz, además, es buen prosista, y en hermoso prólogo nos presenta una especie de representación fantasmal; ahí está él mismo, el artista, el fotógrafo, el poeta, haciendo carne las palabras de otros poetas, de Salinas y de Cavafis.

La introducción de Hernán Díaz a este, su antológico libro sobre Cartagena, es como el cuaderno de bitácora de un poseso, que circula por su personal Cartagena de la mano del azar, de la mano de la música. Un recorrido iluminante, de hechizado: "De pasar por aquí, Ulises no habría regresado". Una voz de cierta prosaica cordura, equivocada por definición, nos diría que estas apariciones fantasmales que el fotógrafo describe en su prosa, son apenas fantasías del artista, delirios nocturnales. El desmentido vendrá después, a lo largo de estas, alrededor de cien, magistrales fotografías.

Fotografías que trazan un itinerario espiritual y visual, que construyen una nueva mitología. Allí están los escenarios más ilustres de la ciudad, castillos y murallas, conventos e iglesias, edificios del clero o del

Estado, escenarios de un encantamiento más profundo, que Hernán Díaz revela: las frutas y el mar, la belleza de las negras, el reverberante y bullicioso gentío, los hombres y mujeres humildes, sus casas y sus ropas, formando parte de un paraíso visual descubierto, inventado, como se inventa el recuerdo, por Hernán Díaz.

Si en el plano de su materia temática, Hernán Díaz reelabora el lenguaje visual de un lugar privilegiado, de por sí hermoso, en el plano de la creación fotográfica el trabajo de Hernán Díaz es ejemplar y se inscribe dentro de la mejor tradición clásica en la fotografía. Por la originalidad de su visión, lo que ha hecho Hernán Díaz con Cartagena es análogo a lo que hace setenta años hizo Alfred Stieglitz con su Nueva York.

D.J.A.

No más cuentos, ahora un libro

Concurso nacional de cuento 1983
Universidad de Medellín,
Medellín. Vol. 41, 1983

Seiscientos treinta y cuatro cuentos. La cifra, desmesurada, significativa por sí misma, le da al concurso Argemiro Pérez Patiño, que tres veces ha organizado la Universidad de Medellín, el carácter inapelable de concurso nacional de cuento. La cantidad de concurrentes tiene razones que el bolsillo bien conoce: un premio atractivo en la escala usual de estos certámenes, otorgado por un jurado fehaciente: Germán Vargas, Eduardo Pachón Padilla y Héctor Rincón.

Por una parte, la apabullante cifra de 634 cuentos obliga a los organizadores a cambiar las bases del concurso, que seguirá otorgando el premio nacional de cuento, pero —desde 1984— a un libro. Se acata la mejor de las sugerencias del jurado del 83, orientada a estimular a quienes han trabajado con mayor disciplina y continuidad y de esta manera este premio se iguala con el otro premio

nacional de cuento, otorgado por el Instituto de Cultura de Cúcuta, y que en 1983 obtuvo Sergio Vieira con *Historias de vecinos*.

Por otra parte, el orden de la cantidad permite al fin, buen dato, jugar con la probabilidad estadística, esa forma del albur que resulta más certera si se cuenta con un jurado idóneo, como en este caso. El principio —falible— indica que existe aquí mayor posibilidad de encontrar buen material. Y el resultado es doblemente estimulante, no sólo porque se halla ese buen material sino porque sus autores tienen nombres desconocidos: auspiciosa renovación.

Renovación repartida, regionalmente, en cuanto a ganador y menciones, entre Antioquia y la costa, y que incluye también a Bogotá y al Valle si se tienen en cuenta las menciones. Pero los palmares literarios del 83 se repartieron entre Antioquia y la costa: los dos premios de cuento, los dos de poesía (ambos ganados por Jaime Jaramillo Escobar) y el Plaza y Janés de novela.

El ganador, Oscar Castro García, nacido el 23 de marzo de 1950 en Bello (Antioquia), apenas prepara su primer libro que editará la Universidad de Antioquia. Sin embargo, obtuvo ya un primer premio en el octavo concurso latinoamericano de Puebla. Además, no sólo ganó el concurso sino que obtuvo otra distinción en este premio nacional, cual la recomendación del jurado para que se incluyera otro cuento suyo en la recopilación de los mejores cuentos.

Sola en esa nube, el cuento ganador, según el jurado Germán Vargas, "se destaca por su excelente dominio del lenguaje, con el cual su autor logra interesantes experimentos plenos de éxito, así como un sorprendente manejo de personajes, situaciones y ambientes. Es *Sola en esa nube* un cuento de calidad excepcional".

Tanto *Sola en esa nube* como *El encuentro*, el otro cuento de Castro García, se manejan con la técnica del monólogo interior, especie de lenguaje catapultante, envolvente, obsesivo. Hay en este profesor de la

Universidad de Antioquia un escritor con excelente dominio de su medio expresivo.

El tema del cuento ganador, el tema de los cuentos finalistas, el tema de los cuentos recomendados, en general, se sitúa en el medio urbano. A juzgar por este concurso, puede decretarse la muerte de la literatura de la Violencia, la guerra civil de este siglo, y el desplazamiento de la geografía rural de los intereses de los narradores.

Entre las menciones figuran Ramón Illán Bacca (Ciénaga, 1942), quien ya había publicado el libro *Marihuana para Goering*, y Carlos Gustavo Álvarez, único bogotano (1957). Estos dos narradores han sido incluidos recientemente en un volumen colectivo de la colección literaria de la Fundación Simón y Lola Guberek.

Manuel Guillermo Ortega, de Barranquilla, Gustavo Tatis Guerra, de Sahagún, y el antioqueño Jairo Morales Henao completan la lista de autores objeto de mención. La colección de autores antioqueños acaba de incluir un volumen de Jairo Morales en las ediciones de 1984, lo cual indica, también, los efectos multiplicadores de estos concursos.

Aparte de otorgar un único primer premio indivisible y las menciones, el jurado recomendó la publicación de otros cuentos debidos a los siguientes autores: Wildealdo García, César Valencia Solanilla, Joaquín de Flórez, Harold Krámer, Fabio Zuluaga, Olivia María Osorio, Juan Fernando Merino, Óscar Castro y René Gris. Sin duda, como lo dice Germán Vargas, este volumen es "una excelente muestra del estado en que se encuentra la narrativa colombiana contemporánea en el género del cuento".

D.J.A.



Protagonista: Medellín

Agua de luto

Jaime Espinel

Universidad de Medellín,
Medellín. Vol. 35, 1982

Con agua que no ahogue y vino que no trastorne cualquiera hace buen mundo.

Macedonio Fernández

Marginalidad dentro de la marginalidad, podría sentenciarse sobre la obra narrativa de Jaime Espinel. Pues si en algún momento el nadaísmo fue medianamente marginal, en su seno había, como en un bolsillo secreto, otra marginalidad: escritores casi inéditos como Espinel o como Cachifo Navarro, gestaban una obra mucho más silenciosa que la de sus compañeros del grupo nadaísta, y, quizás, con relación a la escasa narrativa del movimiento, más ambiciosa.

Los dos libros de Jaime Espinel fueron publicados mucho tiempo después que pasara el tropel nadaísta. En el 75 publicó su primer libro de cuentos: *Esta y mis otras muertes*, y, más recientemente *Agua de luto* (1982). Sin embargo, la obra de Espinel no resulta lo suficientemente conocida, no obstante ser punto relevante en la casi siempre monótona llanura narrativa del país.

Un tono acezante recorre estos cuentos de *Agua de luto*, algo que reproduce el acelerado corazón de la ciudad, y que se siente en cada uno de sus siete cuentos. El personaje central de estos cuentos de Espinel, en realidad, es la ciudad. Una ciudad poblada de fantasmas, a la sombra del fantasma de Gardel. Hombres que escasamente ríen, porque ya han recibido, como en el poema de Brecht, la terrible noticia, el inminente desalojo del cuerpo.

Como en una galería de espejos deformes, una legión de seres y de sombras chinescas deambula por la ciudad de Medellín, por sitios vedados donde el hampa canta una canción de olvidos. Barroco, poblado de alusiones que podrían ahogar el texto, Espinel salva sus cuentos de la asfixia gracias al hilo secreto con que teje sus historias, un hilo fuerte como

el cáñamo. La gran virtud narrativa de Espinel está acaso en esa manera de encarar la realidad, con un sesgo burlón y a la vez amoroso. Textos que proceden acaso de una tradición oral de barrio, de la crónica roja, de esos héroes marginales que alternan fútbol y bar con bandoneón de fondo, hombres fronterizos que oscilan entre sueños de gloria, cuchillos o disparos.

Cuentos, pues, que reconstruyen parcialmente un mapa de la ciudad de Medellín: los bares de Guayaco, las noches del billar y el tahureo, la vieja ciudad que ya entraba al olvido. Acá, en este libro de Espinel, el testimonio, la crónica de una época mejor narrada, más sentida que el fallido *Aire de tango* de Mejía Vallejo.

Pocas veces se da en la narrativa colombiana un tono tan personal, tan sugestivo, y que vaticine en sí mismo una continuidad, literatura que registra de una nueva manera la violencia y el dolor, las canciones de un país limítrofe entre la idiotez y la locura. En *Agua de luto* nos encontramos con un escritor cuya raigambre parte directamente de su entorno, de la exaltación de la cultura popular, pero que sabe cuidarse de dosificar su argot, pues la temporalidad de la jerga marginal, a cada momento renovándose, también acecha volviendo transitorios lenguajes que se consideraban vigentes.

JUAN MANUEL ROCA

El que nunca se debió morir

Queremos tanto a Julio

20 autores para Cortázar

Edición preparada por Hugo Niño

Editorial Nueva Nicaragua. Managua, 1984

Había sido pensado para que él lo leyera. Como un acto de amor: "Este libro —dice el pretexto editorial— no es, pues, un homenaje; ni el libro de Cortázar, ni bastante menos: es una conspiración impúdica para dejar conocer todo lo que uno siempre sintió pero jamás se atrevió a publicar